





ESCLAVOS DEL MAR DEL SUR



Juan Guillermo González-Meneses

ESCLAVOS DEL MAR
DEL SUR



Primera edición: septiembre de 2020

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Juan Guillermo González-Meneses

ISBN: 978-84-18366-42-0

ISBN digital: 978-84-18366-43-7

Depósito legal: M-17149-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Para mi chica



Esta novela está basada en hechos reales, que nos han llegado, sobre todo, en la forma de diario de uno de sus protagonistas, don Pedro Fernández de Quirós. La mayor parte de los actores que aparecen en la misma son, por lo tanto, personajes históricos, mi imaginación tiene un límite, cuyas vivencias he recreado en una de las formas en la que los acontecimientos pudieron suceder. El resto, hasta donde yo sé, es producto de mi pluma. Pero bien pudo ser que existiera una Rocío, un Daniel e incluso un don Alberto y que sus vidas se desarrollaran de manera parecida a mis elucubraciones.



Primera parte

Donde se cuenta la segunda vez



«Hiram, por medio de sus oficiales, le envió barcos y hombres a su servicio, conocedores del mar, que fueron junto con los oficiales de Salomón, y llegaron a Ofir, de donde tomaron casi quince mil kilos de oro y se los llevaron al rey Salomón».

(Libro de las Crónicas, 8-18. Antiguo Testamento)



Lima (Ciudad de los Reyes), Virreinato del Perú (Nueva Castilla), enero de 1604

—Es usted un hombre bueno.

—No del todo, querida. Mi alma es más negra que la piel de tu madre.

Desvié la mirada de sus ojos y volví a posarlos sobre la arboleda que susurraba al otro lado de la ventana. La ciudad estaba muy bonita en aquella época del año. Lima seguía creciendo. Desde la fundación de la Ciudad de los Reyes por el gran Pizarro a comienzos del año de Nuestro Señor de 1535, al día de hoy, había pasado de ser un poblado de pastores cuadrículado a una enorme urbe que albergaba cerca de veinticinco mil almas, al decir de los entendidos. Era una población cada vez más cosmopolita y bullanguera. Una capital en la que cada amanecida revelaba la novedad de alguna construcción que parecía haber surgido junto a la anterior por generación espontánea. También se había convertido en una ciudad en la que había que cuidarse a determinadas horas y en según qué lugares, cuando una caminaba con la soledad como única escolta. Sucedió lo mismo que en otras poblaciones del Nuevo Mundo. La gente que se aventuraba a surcar el Atlántico en busca de fortuna no siempre era la flor y nata de sus lugares de origen. Las trifulcas callejeras estaban a la orden del día. Por si no fuera suficiente, las tropas ociosas se conciliaban mal con la tranquilidad de los ciudadanos de bien. Los soldados necesitaban guerras y, cuando no las había, las inventaban.

Suspiré para mis adentros. Nada de aquello importaba ahora. Me encontraba muy lejos de allí. El hombre que me observaba desde una concentración que me turbaba me había hecho retroceder algunos años y alejarme hasta los confines del mundo conocido. Quería saber.

Volví a fijar mis ojos en los suyos, aunque los bajé enseguida. Mi vida había transcurrido con la mirada gacha y un papel cargado de buenas intenciones no

podía cambiar una rutina tan arraigada. Yo me había dirigido a él de corazón y había recibido un latigazo como respuesta. Aunque sabía que se trataba de una frase hecha, la alusión a mi madre había servido para situar muy bien la insignificancia de mis orígenes. La fuerza de la costumbre me hizo ignorar la afrenta cuando contesté.

—Es bueno, porque dice que no quiere prestar oídos a lo que ha leído sobre mi señora.

El hombre sonrió evocador y se perdió también en la contemplación del paisaje urbano que alcanzaba desde la ventana de la alcoba que ocupaba, en casa de un primo del actual virrey del Perú, su excelencia don Luis de Velasco y Castilla, octavo virrey de la Nueva España y noveno virrey del Perú, la Nueva Castilla. Al momento, sin embargo, volvió a prestarme atención.

—Considero muy notable la hazaña que ha realizado tu señora y me mueve el afán de conocer la verdad de su historia. Ha sido mucho lo que ha llegado a mis oídos y más lo que he leído de uno de sus protagonistas. Pero verás, querida, Dios hizo que nuestros pasos se cruzaran hace algún tiempo. Por eso determinadas personas me han señalado para acudir a esta ciudad. Y por eso también es por lo que me resisto a creer que sea cierto todo lo que se cuenta sobre su epopeya. Contrastar. Esa es la palabra —hizo una pausa, me miró casi con más profundidad si cabe que antes y añadió—: He sabido de ti por casualidad. Un amigo que ha tenido negocios con la familia me ha contado sobre la carta de tu liberación. Ha sido difícil encontrarte. Pero aquí estás. Confundida y presta a huir si el horizonte se enturbia. No te culpo. La Ciudad de los Reyes es peligrosa en estos tiempos. Sin embargo, conmigo te ruego seas confiada. No quiero procurarte ningún mal, ni me mueve el deseo de revocar lo que, sin duda, has ganado en buena lid. Lo que arde en el interior de mi pecho es el ánimo de obtener una verdad en la que he apostado mi palabra. Ella ha tenido la oportunidad de hablar y no lo ha hecho. Al contrario que su marido, don Fernando. El rey necesita saber. Yo soy un simple enviado. Un miserable peón de un órgano muy poderoso. Don Pedro Fernández de Quirós es muy insistente y, a ratos, incluso persuasivo. No obstante, dudo que el relato de don Pedro sea ecuánime en lo concerniente a la mujer que lo doblegó durante tanto tiempo y en tan agrias condiciones. Por eso ruego que me cuentes. Que lo hagas con libertad. En la intimidad de una conversación que no va a tener otro interlocutor que mi cansada persona. No temas. Jamás te citaré. Daré como ciertas tus palabras sin ilustrar nunca sobre mi fuente. Don Pedro jamás sospechará el origen de mis conocimientos.

La manera en la que expuso aquello último tuvo el efecto contrario al deseado. En lugar de tranquilizarme, me envaré.

—¿Ha vuelto?

—No, hasta donde yo sé —sonrió—. ¿Le temes?

Una sombra cruzó por detrás de mi mirada. No era en absoluto temor lo que evocaba en mí el recuerdo de aquel hombre. Era, más bien, un nexo que me volvía a unir a un horror que había conseguido dejar atrás. Sin embargo, la sugerencia que me hacía aquel hombre me servía para contentar a mi interlocutor. ¿Es que una esclava podía hacer otra cosa que temer a todo el mundo? Asentí con la cabeza.

Tuvo suficiente con el gesto. Por el momento.

No encontraba argumentos y tampoco fuerzas para rebatir sus encendidas afirmaciones. Solo me quedaba una duda descomunal, desde la que me asomaba como por el brocal de un pozo.

—¿Por qué yo? Mi testimonio carece de valor. Soy la última persona a la que nadie escucharía. Soy mujer, de una raza maldita y, hasta prácticamente ayer, esclava. ¿De qué os van a servir mis palabras? No sé nada sobre las cosas que preocupan a los hombres de altura. Oír hablar del mismísimo rey de España me causa pavor. Sé de ropas, alcobas, platos y comidas. Sé de criar animales. No sé nada de guerras, ni de luchas, ni de conquistas. Voy donde me llevan y obedezco lo que me mandan. ¿Para qué van a servirle a alguien como vos unos recuerdos que me obstino en olvidar?

El hombre volvió a sonreír con un asomo de conmiseración. ¿Sentía algo cercano a la piedad por mi persona? Me desengañé al instante. El documento en el que mi señora me había concedido la libertad no alteraba mi verdadera naturaleza. Aunque para las leyes de Castilla yo fuera una persona libre, mi alma seguía perteneciendo a la de una esclava, el escalón más bajo de nuestra sociedad. Para aquel hombre poderoso, recién llegado de la metrópoli en la última expedición que había levado anclas desde Sevilla a mediados del año anterior, yo era una rareza: esclava, mulata, liberada. Leía sin dificultad en su rostro que me consideraba una más de las excentricidades de aquella mujer cuyas andanzas de los últimos años me pedía desentrañar.

—Tus palabras, querida mía, pueden constituir el mayor tesoro que pueda hallar en la investigación que tengo encomendada. Supongo que nunca habrás oído hablar del Consejo de Estado del rey Felipe —no aguardó mi respuesta—. Basta que sepas que hay muchos intereses luchando en una lid que solo puede conocer un vencedor. Nadie habla recto cuando algo así acontece. Don Pedro, doña Isabel, sus hermanos, su marido. Necesito un contrapunto. No hay su-

pervivientes de vuestro viaje que pueda encontrar en Perú. Vuestra expedición se desintegró al desembarcar en Manila. Necesito un relato en primera persona distinto, si es así como debe ser, del presentado por el capitán. Deseo escuchar una historia que no esté contaminada. Te escandalizarían los insultos que se cruzan entre don Pedro y los hermanos de doña Isabel. Se acusan mutuamente de las mayores atrocidades. Por eso te necesito, precisamente, a ti. Por eso voy a escucharte. Y por eso voy a creerte.

También por eso no iba a revelar nunca el origen de lo que yo le contara. El pensamiento había pasado veloz por mi cabeza al escuchar aquello último y relacionarlo con algo de lo que me había dicho antes. Estaba dispuesto a emplear mi testimonio, de nulo valor, porque era lo único que tenía, amén de los escritos y quejas de las dos partes en el supuesto litigio del que me había hablado.

Demasiada responsabilidad. Yo no estaba preparada para algo semejante. Yo solo quería olvidar. Vivir hacia delante. Echar paladas de tierra sobre un pasado que me resistía a desempolvar.

Volví a perderme en la contemplación de la vida que bullía al otro lado de la ventana que se asomaba desde uno de los característicos balcones de aquella ciudad nueva. Una responsabilidad excesiva, desmesurada, pero frente a la que no podía rebelarme. Aquel gentilhomme había acudido en persona a sacarme del refugio en el que me había apartado del mundo. Desde que mi señora me había convertido en una persona libre con su carta de *aborría* y había abogado por mí ante su superiora, residía en el monasterio de la Encarnación, en la calle Concha, donde me había colocado como sirvienta de los velos negros, a cambio de una celda común con algunas donadas. Después de la promiscuidad del galeón en el que había cruzado medio mundo por dos veces, compartir cama con varias indias limpias estaba cercano al paraíso. El hombre que había conseguido de aquellas monjas agustinas que me permitiesen salir tantas veces como precisara debía ser más importante de lo que traslucía la ausencia de sirvientes pululando a su alrededor de que hacía gala. Más bien parecía esconderse en aquella casa, de la que asomaba en raras ocasiones y, siempre, sin alardes. Tampoco semejaba una persona a la que se le pudiera llevar la contraria. Desde que sus ojos se habían posado sobre mi persona, me sabía en sus redes. En la turbación que tal reconocimiento me producía, solo le pedía a Dios el triste consuelo de que aquel hombre cumpliera su palabra y jamás llegaran a oídos del antiguo piloto mayor las confianzas e indiscreciones que mi locuacidad pudiera revelar. Don Pedro, probablemente, solo me miraría. Pero con esa mirada suya con la que condenaba a sus enemigos a retorcerse en los infiernos por el tiempo de la eternidad.

Volví los ojos hacia él, a la vez que suspiraba de una manera profunda, en la que condensaba hasta los ínfimos detalles de mi completa capitulación.

—Vos ganáis, mi señor... —titubeé. Interpretó bien mi duda y me interrumpió.

—Puedes referirte a mí como don Alberto.

—Como gustéis, don Alberto. ¿Por dónde deseáis que comience?

No lo pensó demasiado. Como tampoco se regodeó en la victoria que suponía haberme captado para su empresa. Solo apreció una leve sonrisa de interna satisfacción.

—Empieza por ti, querida. Háblame de tu vida. Es lo más fácil y con ello ganarás confianza para adentrarte en la encomienda que otros han puesto sobre nosotros.